

Una y no más

Once (John Carney, 2006). Género: Comedia romántica/Pseudomusical. Puntuación: 5

Cada año surgen un par de películas que hacen la tarea del crítico cinematográfico más fácil permitiéndole retomar el discurso de la renovación de los géneros. El musical, junto al género de terror, ha sido recientemente objeto de esta teoría de la forma más gratuita. Han pasado seis años desde que *Moulin Rouge!* revolucionara el panorama y ahora, *Once* vuelve a poner en boca de todos aquel insoportable tópico (de periodicidad casi anual) de que “el musical no ha muerto”. El propio término renovación o reescritura empieza y acaba en sí mismo, y cualquier variación dentro de un género de convenciones bien establecidas, como el musical, es recibido como una auténtica revolución, cuando en realidad, en la mayoría de casos, no hay para tanto. Si atendemos a *Once*, lo único destacable en este sentido es el tipo de música que (supuestamente) conduce la historia, y la elección del formato digital. Más allá de esos elementos, no existe mayor voluntad de renovar verdaderamente el género (o, si esa era la intención, no hay duda de que a John Carney se le olvidó cuando decidió convertir su película en una suerte de documental sobre cómo grabar una maqueta).

Once, sin duda uno de los *sleepers* del año pasado, es el sueño húmedo del estudiante *Erasmus* medio con inquietudes musicales “alternativas” y la mente abierta a una historia de amor facilona y complaciente. La música de Glen Hansard y Markéta Irglová sabe agradar a los seguidores del (ya multitudinario) nuevo movimiento folk norteamericano. *Once* es tan monótona como dos discos seguidos de Iron & Wine, a pesar de que las composiciones de Hansard e Irglová son más bien un calco de las del meloso cantautor, irlandés como Carney, Damien Rice (de cuyo álbum debut, *O*, copian sin reparos la estructura de gran parte del repertorio de *Once* y los juegos de voces de Rice, que aparece en los agradecimientos de la película, y Lisa Hannigan).

Once juega la gran baza de la cercanía con el público, al que sin miramientos se dirige para emocionar, enternecer, y a quien se propone arrancar una sonrisa cómplice, para después hacer trampa y darle en las narices con un final de lo más forzado. La familiaridad de los escenarios y la textura digital casi *youtubera* ayudan a aumentar la burbuja de ensoñación en la que se ve atrapado el espectador, que cae rendido ante la posibilidad real de vivir una historia de amor de película (clásica) en la ciudad. Lo que podía haber sido un interesante experimento acaba ahogándose en las limitaciones del propio relato y la falta de riesgo en un producto que se sabe (o se piensa) original.